



EL HOMBRE DE NEGOCIOS EN COLOMBIA 1821-1929: MÁS ALLÁ DEL DINERO Y LA GANANCIA*

The businessman in Colombia 1821-1929: beyond money and profit

Rodrigo Hernán Torrejano Vargas**

Recepción: 15 de mayo de 2023. Aceptación: 5 de junio de 2024

DOI: <https://doi.org/10.21017/Rev.Repub.1111>

RESUMEN

Este artículo de historia sobre Colombia tiene por objetivo identificar y explicar las características generarles más destacadas de la identidad colectiva del hombre de negocios de Colombia entre 1821, fecha de la expedición de la primera constitución nacional y 1929, año de la crisis económica mundial. Este estudio se estableció a partir de una metodología cualitativa y un enfoque historiográfico hermenéutico, fundamentado en la utilización sopesada de fuentes escritas primarias y secundarias, destacando su caleidoscópica personalidad social, más allá del estricto y delimitado escenario del dinero y las utilidades.

Palabras clave: hombre de negocios, amor por el dinero, optimista, religioso y participativo.

ABSTRACT

This article on the history of Colombia aims to identify and explain the most outstanding general characteristics of the collective identity of the Colombian businessman between 1821, the date of the issuance of the first national

* El artículo es producto del proyecto de investigación: Política pública, identidad y representaciones sociales de las profesiones en Colombia en el marco de la vida republicana, siglos XIX y XX del Grupo de Investigación Derecho Público y Sociedad de la Corporación Universitaria Republicana, Bogotá D.C., Colombia.

** Investigador Asociado de Minciencias, miembro del Grupo de Investigación Derecho Público y Sociedad de la Corporación Universitaria Republicana. Magíster en Historia, Universidad Externado de Colombia; Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Correos electrónicos: rtorrejno@urepublicana.edu.co; rtorrejano@gmail.com;
Orcid.org/0000-0002-2672-9831; Cvlac: <https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/EnRecursoHumano/query.do>; Google Scholar: https://scholar.google.esscholar?hl=es&as_sdt=0%2C5&q=rodrigo+hernan+torrejano+vargas&op=

constitution and 1929, the year of the global economic crisis. This study was established based on a qualitative methodology and a hermeneutic historiographical approach upon the considered use of primary and secondary written sources, highlighting its kaleidoscopic social personality, beyond the strict and delimited scenario of money and profits.

Keywords: businessman, love of money, optimistic, religious and participative.

INTRODUCCIÓN

El tema que se aborda: el Hombre de negocios de Colombia entre 1819 y 1929, surge del interés académico por encontrar y explicar los aspectos antropológicos más relevantes de cierto grupo de individuos dedicados a diferentes clases de actividades económicas. Establecidas estas dentro del conjunto de determinadas relaciones, prácticas sociales, valores y creencias, en las que circula el capitalismo, el liberalismo y la democracia. Se trata de un estudio referido a la identidad colectiva de quienes estuvieron dedicados toda su vida a una actividad económica a través de la auto imagen de quienes la practicaban.

El interés por los hombres de carne y hueso, los hombres que se dedicaron durante toda su vida o gran parte de ella a algún oficio, si se quiere, a alguna profesión, es una preocupación investigativa que ha tenido especial atención por parte de historiadores de las mentalidades y la cultura como: Jacques Le Goff (2008, 2020, 2021), Georges Duby (1995, 2007, 2013, 2019), Michel Vovelle (1995), Serna (1995), Bertaud (1995), Chartier (1995), Ferrone (1995), Arasse (1995), Julia (1995), Bergeron, (1995), Peter Burke (1998, 2012, 2013, 2022) y Norbert Elias (2016a, 2016b). Sin embargo, en el medio historiográfico colombiano este tipo de investigación ha tenido un débil eco. Las investigaciones históricas están concentradas en biografías de reconocidos personajes de los negocios, en las que se mencionan las prácticas administrativas, las disposiciones económicas, el manejo contable, los campos de inversión, su visión empresarial, etc. sin abordar la confección de los grandes contornos antropológicos de la figura o personaje social de nuestra historia.

Con base a ello, entre la literatura publicada enfocada en la dimensión económica administrativa, destacamos la sólida obra colectiva coordinada por el investigador Carlos Dávila Ladrón de Guevara (2002), donde se reúnen trabajos relacionados con empresas y empresarios de: Santander (Deas, 2002; Guerrero y Avellaneda, 2002), el Cauca (Londoño, 2002; Valencia, 2002), Antioquia (García, 2002; Botero, 2002), Bolívar (Ripoll, 2002), Barranquilla (Meisel, 2002), Caldas (Valencia, 2002), y Valle del Cauca (Ordoñez, 2002). Además de

artículos, se encuentran los libros publicados por Meisel y Posada (2014), Meisel (1990), Solano et al. (2010), Viloría de la Hoz (2000), Gómez Barrientos (1899), Teodomiro Llano (1890), María Teresa Ripoll (1999), Jorge Alberto Restrepo y Manuel Rodríguez (2013), María Fernanda Duque (2005), Luis Fernando Molina (1998), Jairo Campuzano (2011), Víctor Álvarez (1999) y Dávila Ladrón de Guevara (1996).

Para la presente investigación, el Hombre de Negocios se entiende como un personaje social matriculado a una época y espacio, producto de su tiempo o de la historia. Es el ser social que en el mundo político vota, gobierna, obedece o reclama; en el mundo religioso cree, reza y va a misa; en el mundo cultural lee, asiste al teatro u organiza una tertulia; en el mundo social juega tresillo, bebe, asiste al club, sale a caminar, cabalga y frecuenta la gallera y/o la plaza de toros en su tiempo libre; y, en el mundo económico trabaja, invierte y compite. Mundo en el que explora, encuentra y explota oportunidades de generación de utilidades y riqueza en diferentes sectores de la economía y la geografía nacional, con el ánimo de propiciar en el ámbito general, crecimiento económico, fortalecimiento de la demanda, promoción del empleo, ampliación de los ingresos fiscales, etc., y en el ámbito particular, satisfacer una serie de necesidades objetivas asociadas con el interés de acumular, concentrar e invertir capital en condiciones de libre mercado y finiquitar necesidades subjetivas de legitimidad meritocrática y beatificación de la fortuna.

Esa definición proviene de la abstracción y la sistematización de fuentes primarias en las que los protagonistas, unas veces en primera y otras en tercera persona, relatan, con pulso narrativo pintoresco y fluido, las peripecias de sus negocios entre capítulos de triunfo, capitulación y expectativas. Pero también crónicas de viajes, relatos de funcionarios públicos y narraciones escritas por letrados curiosos atraídos por la etnología, la antropología, la geografía y las ciencias naturales, compiladas y publicadas en libros de costumbres, capaces de capturar algunos sonidos de la sinfonía de la idiosincrasia del hombre de negocios en varias regiones del país. Al lado de lo cual se utilizó el bagaje fáctico proveniente de la abundante literatura académica publicada en libros y revistas universitarias, fruto de grupos de investigación o tesis de pregrado y posgrado, en el que fechas, personajes, anécdotas, experiencias, tablas, cuadros y apéndices documentales complementan el trabajo de fuentes con miras a la caracterización de la identidad colectiva del hombre de negocios, “expresión excelente, puesto que manifiesta la amplitud y la complejidad de sus intereses: comercio... operaciones financieras de todo orden, especulación, inversiones inmobiliarias y en bienes raíces” (Le Goff, 2020, p. 13).

METODOLOGÍA

La investigación de la cual es producto el presente artículo se desarrolló desde la metodología cualitativa y el enfoque historiográfico, que acudió a la inducción, deducción, síntesis, comparación y contextualización para examinar fuentes escritas primarias y secundarias que posibilitaran el hallazgo de las características comunes del personaje social, forjadas en el crisol ecléctico de su experiencia pública y económica en la localidad, la región y/o la multirregión. Aunque, por supuesto, el acceso directo y preclaro a todas las facetas de la personalidad social del hombre de negocios seguirá en estudio. Se escapan, por ahora, un conjunto indeterminado de testimonios y registros inéditos, experiencias ignotas sin documentar o evidencias diluidas en la esquiva oralidad. A pesar de ello, se pudo establecer que, aunque resulta arriesgado sugerir la presencia de un arquetipo social con validez general, en el transcurso de un poco más de un siglo de eventos de diversa índole, por cuenta de la construcción intencional o meditada de un patrón ideal de modelo desde algún sector de la sociedad económica o por la adopción de cierta fisonomía social importada de algún país desarrollado, es plausible plantear que existieron rasgos comunes voluntarios moviéndose en la misma frecuencia. Estos, sin embargo, presenciaban ciertos contrastes definidos por la tradición familiar, la cultura regional, las creencias religiosas, los principios políticos, los prejuicios y la personalidad, aspectos que se explicaran a continuación.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

El contexto

A grandes rasgos el relieve económico, social, político y cultural de Colombia durante un poco más de un siglo (1819-1929) estuvo marcado por un aparato productivo dominado por la agricultura y la minería (Ocampo, 1984; Ocampo, 2010; Ocampo, 2015; Ocampo y Bértola, 2016; Melo, 1984; Melo, 2015; Melo, 2020; Kalmanovitz, 1978; Kalmanovitz, 1984; Kalmanovitz, 1997; Kalmanovitz, 2008; Kalmanovitz, 2010a; Kalmanovitz, 2010b; McGreevey, 2019; Caballero, 2016; Junguito, 2016; Palacios, 2002; Palacios, 2012; Tirado, 1988; Bejarano, 2010; Nieto, 1983), y el encadenamiento de la economía nacional con el mercado europeo y norteamericano a partir de la segunda mitad del siglo XIX por medio de la producción y la exportación de bienes agrícolas: tabaco, añil, quina, café y metales preciosos (Ocampo, 1984; Ocampo, 2010; Ocampo, 2015; Kalmanovitz, 1997; Machado, 1994; Arango, 1979; McGreevey, 2019; Ospina, 2019).

Además del fortalecimiento del régimen agrario de concentración de la tierra (Kalmanovitz, 1984; McGreevey, 2019; Zambrano, 1982); el predominio de

relaciones sociales de producción pre capitalistas en el marco de la aparcería y el arrendamiento, con terratenientes ausentistas (Kalmanovitz, 1984; Kalmanovitz, 2008; Machado, 1994; Ocampo, 1984; Diaz, 1967; Gutiérrez, 1920; Röthlisberger, 1963); el lento y progresivo avance de relaciones de trabajo asalariadas en sectores económicos tales como la agricultura de exportación, la minería, los hidrocarburos y la banca, sin desmedro de la participación del sector público; y las luchas sociales alrededor del derecho a la tierra, la búsqueda de mejores salarios y condiciones laborales (Vega, 2002; Urrutia, 1976; LeGrand, 1989; LeGrand, 1988; Archila, 1989a; Archila, 1989b; Archila, 2005; Londoño, 1989; Gilhodes, 1989; Torrejano, 2009; Pecaut, 1973; Sánchez, 1985).

En este contexto también se observa el lento y complejo proceso de diseño y construcción de la infraestructura de comunicaciones y transporte, movidos por el empeño de atar los centros de producción y extracción del interior del país con los puertos marítimos de exportación del caribe colombiano a través de los ríos, sobre todo, el Magdalena, con la introducción y el fomento de la navegación a vapor desde mediados de la década de 1820 y, claro está, los ferrocarriles desde mediados de la década de 1850, para tratar de desplazar a las piraguas y champanes en los ríos y a la mula en las caminos de herradura (Ramírez, 2006; Ramírez, 2015; Safford, 2010; Nieto, 1983; Zambrano, 1979; Salazar, 2000); la permanente tensión entre las fuerzas sociales y políticas pro mercado y las intervencionistas (Pontón y Posada, 2004; Torrejano y Bocanegra, 2021; McGreevey, 2019; Ocampo, 2018). De igual manera, la oscilante danza de surgimiento de la industria nacional procedente de la acumulación interna de capital (Montenegro, 2002; Echavarría, 1999; Kalmanovitz, 2008; Arango, 1979; Botero, 2002; Valero, 2002; Ripoll, 1999; Molina, 1998; Molina, 2002; Londoño, 2002), que trazó el cambio de la composición sectorial de la actividad productiva desde finales de la década de 1930, cuando la industria pasó de representar el 9% del PIB en 1930 al 21% en 1951 (Meisel y Jaramillo, 2017).

Del mismo modo, surge el creciente posicionamiento desde el alba del siglo XX, de la capacidad de intervención del Estado en menesteres económicos mediante el establecimiento “de un conjunto amplio de entidades paraestatales para el fomento de la producción de actividades privadas... y públicas como vivienda, acueducto y otros servicios públicos” (Junguito, 2016, p. 190; la constante zozobra de las finanzas públicas sumidas en un crónico déficit fiscal, que se acentuó a finales del siglo XIX por las guerras civiles, financiadas con “emisiones monetarias legales y clandestinas” (Ramírez, 2015, p.188xx); la gestación de un sistema de crédito bancario surgido en la década de 1870 de la asociación de algunos empresarios nacionales de varias regiones pujantes del país, involucrados en negocios de comercio internacional, agricultura de exportación y minería, que funcionó hasta 1880 bajo los parámetros de la banca libre, “donde no había monopolio en la emisión de billetes... y los bancos

podían emitir” (Meisel, 2017, p. 2) y a partir de este año en un sistema de banca múltiple que trajo consigo el funcionamiento paralelo de bancos privados y un banco público, el Banco Nacional, contando con la capacidad de emisión de billetes convertibles en oro (Meisel, 2017; Bustamante, 1980; Sánchez, 1994), siendo esta institución pública responsable de propiciar una alta inflación con emisiones desaforadas de sus billetes sin incrementar las reservas de oro, en estos niveles: “38%, 187%, 318% y 169% entre 1900 y 1903” (Meisel, 2017, p. 07).

A lo mencionado se le suma el recurrente uso de la violencia para dirimir controversias políticas a través de guerras civiles y frecuentes escaramuzas en distintos puntos de la geografía nacional, cerrando el siglo XIX con la cruenta guerra de los Mil Días, que facilitó la secesión de Panamá en 1903 (Molina, 1979; Melo, 2020; Bergquist, 1999; Tirado, 1988; Martín, 1887; Gutiérrez, 1857; Galindo, 1900; Duran, 1904; Jaramillo, 1989a; Jaramillo, 1989b; Pecaut, 1987; Bushnell, 2007; González, 2014; Reyes, 1986); la conformación e institucionalización de dos partidos políticos, liberal y conservador, desde finales de la década de 1840, que compitieron y monopolizaron alternativamente el poder político y controlaron el Estado, en periodos de hegemonía inflexible e intolerante con líderes camaleónicos que profesaban sin miramientos la apostasía (Melo, 2020; Bushnell, 2007; Deas, 2019; Posada, 2015; Tirado, 1985; Pecaut, 2010), que fueron algo más que dos organizaciones políticas, al convertirse en dos “subculturas” que “constituyen la base para la formación de la identidades colectivas y las sociabilidades más profundas” (Pecaut, 2010, p. 46).

A este contexto se añade una sociedad permeada hasta las entrañas sociales, políticas y culturales de la nación por los valores y la moral religiosa católica romana (Gutiérrez, 1920; Hettner, 1976; Hamilton, 1955); el amplio divorcio y la ancha banda de usos, hábitos y costumbres de la gente pobre y trabajadora del campo y la ciudad con los patrones de comportamiento social y cultural de la gente acomodada de la sociedad (Gosselman, 1827; Röthlisberger, 1963; Hamilton, 1945; Ibáñez, 1891; Carreño, 1856; Ancizar, 1853); y el analfabetismo imperante con menos del 30% de los niños en edad escolar (a finales del siglo XIX) asistiendo a la escuela primaria, ubicando así a Colombia dentro “del conjunto de países con menor nivel educativo del mundo” (Ramírez y Salazar, 2010, p.419 xx) y “un índice nacional de escolaridad promedia de dos años... entre 1915 y 1945” (Palacios, 2015, p.234).

Todo lo acotado debe ser considerado sin perder de vista la inclusión del liberalismo político, entendido en el presente trabajo como “una determinada concepción del Estado, la concepción según la cual el Estado tiene poderes y funciones limitados” (Bobbio, 2014, p. 7). Los poderes limitados se entienden en función del respeto y la aplicación del presupuesto filosófico de que todos los hombres tienen derecho, entre otros, a la vida, la libertad, la felicidad y la

seguridad, y quienes detentan el poder político deben respetarlos y garantizarlos, lo cual se expresa en la existencia de un Estado de derecho (Bobbio, 2014). Las funciones limitadas se refieren a la idea de que cuanto más pequeño y menos ocupaciones tenga el Estado, mejor funciona y cumple la tarea primordial de ofrecer seguridad y orden, es decir, un Estado mínimo (Bobbio, 2014). Por ello resulta comprensible la gestión de los líderes políticos para establecer la respectiva institucionalidad liberal mediante la creación de constituciones que avalen los derechos individuales, la división del poder público, el control del poder público, el sistema de pesos y contrapesos entre los poderes, precisando sus respectivas competencias y exclusiones, y la forma de gobierno etc., todo ello en medio de intrigas, tensiones y conflictos que derivaron en guerras civiles y escindieron la sociedad, en las que estuvieron vivos el caudillismo y las dictaduras (Williamson, 2013).

El optimismo

El primer rasgo de la personalidad social que se destaca es la visión optimista. Creían en la perfectibilidad, aquella que le susurraba al oído que el contexto de la nación ofrecía numerosas posibilidades de amasar fortuna a punta de trabajo duro, toma de decisiones y fe. El progreso económico y social de la nación era un asunto que dependía en buena medida de las acciones individuales más que del papel del Estado. Afirmaban la primacía de la actividad privada sobre la gestión pública. Postulado que cambia hacia principios del siglo XX al admitirse la validez práctica de la injerencia del Estado en el ámbito social y cultural, congruente con las destacadas transformaciones que en el mismo sentido estaban experimentando las naciones más desarrolladas del mundo.

Esta visión optimista hizo de ellos, sujetos sociales protagonistas del presente y futuro de la época. Para ellos, la iniciativa individual en búsqueda de riqueza traía consigo el despliegue de premios estructurales para otros sectores sociales, la consolidación de la institucionalidad liberal, la conformación de la nación y el refinamiento del ordenamiento institucional y cultural, erigiéndose, junto con el Estado y la Iglesia, en los pilares de la civilización. En esta triada su injerencia estructural fue dibujándose desde el micro espacio social facilitado por sus distintos negocios, donde tuvo lugar la creación de una figura que cumplía simultáneamente las funciones de proveedor y consejero (más allá del talante de patrón), una figura, a todas luces, de tipo civil informal que pudo llevar la capacidad de injerencia en el sujeto y en la colectividad hasta los confines psicológicos y sociológicos más generales. Entonces, el hombre de negocios asumiría, en entornos geográficos delimitados, el papel de gran padre, el poder tangible, con casaca y botas o de ruana y alpargatas, en fin, de carne y hueso, que facilitaba la satisfacción de las necesidades básicas y debería

garantizar un ambiente social marcado por el regocijo, la serenidad, la comiseración y la fe.

La presencia y la influencia del hombre de negocios se sentía, a su modo, mucho más real que la del propio Estado que perdía credibilidad. Entonces, más que renta y patrimonio, fue un personaje vinculado con la misión de armar, modelar y constituir la sociedad colombiana. Lejos de la realidad esta estimar que solamente los intelectuales o los hombres de letras fueron quienes más incidieron en la conformación de la naturaleza social y cultural de la nación, más en un país, que, para los años en mención, tenía un alto grado de analfabetismo, cuya cultura letrada deambulaba entre los intersticios de la sala de algunos connotados personajes de la vida urbana o se depositaba en los anaqueles de la escasas bibliotecas públicas o/y privadas, soportando la crítica corrosiva de las ratas.

El “amor arrebatado por el dinero”

En la perspectiva de detallar la segunda característica del hombre de negocios Jaques Le Goff (2020) explicaba que la mentalidad del mercader medieval (siglos XII a XIV) se destacaba porque sentían: “un amor arrebatado por el dinero” (p. 112) y que para acumular ese dinero era preciso sentir la pasión de los negocios, que se trata del gusto por hacer fructificar el capital y el espíritu de iniciativa. En su libro de los buenos usos el florentino Paolo de Messer da Certaldo (xxx x) aconseja: “si tenéis dinero, no estéis inactivos; no lo guardéis estéril en casa, porque mejor es hacer algo, aunque no se saque provecho, que permanecer pasivo, también sin provecho” (como se citó en Le Goff, 2020, p. 113)

Así mismo, Bergeron (1995), en el ensayo historiográfico el hombre de negocios de la ilustración, planteó que el gusto por el dinero de los negociantes se canalizó con la diversificación de sus actividades. En Colombia, los hombres de negocios: comerciantes, hacendados, rentistas, transportadores, inversionistas, etc., no fueron la excepción. El gusto por la utilidad está presente, con la marcada tendencia a diversificar sus inversiones en diferentes sectores económicos. La regla era no colocar su capital en la misma canasta. Juan José Echavarría (1999) es de los autores que sostiene que esta costumbre empresarial todavía estaba latente en la década de 1930, considerada una estrategia para minimizar los riesgos de quiebra. En el siglo XIX las familias Ospina Rodríguez y Ospina Vásquez, para citar una muestra, manejaron negocios de minas de oro, haciendas ganaderas, fincas cafeteras, rentas públicas, licores, infraestructura de comunicaciones, comercio doméstico, comercio internacional, servicios públicos y crédito (Wise, 1990). Los sectores agrícola, minero y ganadero, el comercio y los servicios estuvieron activos en el portafolio empresarial de estas dos familias:

La hacienda La Carolina (Yolombó)... iniciada en la primera década del siglo, por Pedro Nel Ospina con siembras de café, se diversificó en 1915-16 con cacao... como ganaderos, la sociedad... propició a partir de 1881 la importación de diferentes variedades de razas en la hacienda Zulaibar (Ramírez, 1996, p. 140).

Esta misma familia en 1888 presentó un proyecto para establecer el alumbrado eléctrico de Bogotá, en 1890 firmaron contrato y en 1891 constituyeron la empresa The Bogotá Electric Light Company.

Otros reconocidos ejemplos de diversificación lo atestiguan personajes como el empresario antioqueño Eduardo Vásquez Jaramillo (cuñado de Mariano Ospina Rodríguez), quien inicio con una sociedad agrícola en la década de 1880 dedicada a la carnicería, el ganado y el café. Más tarde, prosiguió con otros intereses en Guatemala como socio del Banco de Colombia, actuó de prestamista del gobierno departamental (Ramírez, 1996), e intervino en "algunas compañías del periodo preindustrial como la Ferrería de Amagá y la Compañía Antioqueña de Instalaciones Eléctricas" (Ramírez, 1996, p. 147). En la costa caribe sobresalió Esteban Márquez, al amasar fortuna en el comercio de exportación e importación, después migró parte de su capital hacia el sector inmobiliario y financiero, fundando los Bancos Barranquilla y Márquez, empezando operaciones en 1883 (Meisel y Posada, 2014).

En la misma región, otros destacados hombres de negocios fueron los hermanos de Mier : Joaquín y Manuel Julián de Mier no solo fueron los más prósperos comerciantes de Santa Marta durante gran parte del siglo XIX, sino también grandes terratenientes y propietarios de finca raíz en la ciudad. Los de Mier compraron casi todas las tierras que se extendía a lo largo de la acequia Minca y del río Gaira. Primero fue la hacienda de San Pedro Alejandrino en 1808, luego las tierras de Jamonacá en 1829, Minca en 1838 y Estrén en 1869 (Viloria, 2000, p. 28). A todas estas propiedades rurales sumaron activos en el transporte fluvial y marítimo, además, el establecimiento de una compañía con el extranjero Robert A. Joy con miras a la construcción del ferrocarril entre Santa Marta y Ciénaga.

Por otra parte, se encuentra el antioqueño Gabriel Echeverry, quien había amasado una considerable fortuna en el comercio de importación y exportación, quien igualmente incursionó en la producción de tabaco para exportar hacia Alemania (Llano, 1890; Gómez, 1899). También en Antioquia, Eugenio Martín Uribe Zea fue comerciante, minero, banquero e industrial, considerado a mediados del siglo XIX el hombre más rico del departamento, fundaría con Pascasio Uribe, Francisco Álvarez y Pedro Justo Berrio la célebre ferrería de Amagá (Mejía, 2012).

Del mismo modo, Alejo Santamaría Bermúdez, tránsito por los terrenos del comercio, la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura (Compañía de Cerámica de Antioquia) y la colonización de tierras (Mejía, 2012). Personajes como José María Uribe, Pedro Vásquez Calle y Vicente Villa Gómez estuvieron moviéndose en el comercio, los servicios, la minería y la actividad financiera, el último de ellos, fue socio de la compañía de transporte Islitas, accionista del Banco de Antioquia en 1872 y fundador del Banco Vicente Villa e Hijos en 1884. Esto sin olvidar a Diego Martínez Camargo, socio de muchos otros hombres de su generación en negocios pioneros de la economía nacional como el montaje del frigorífico o Packing House de Coveñas y la refinería Cartagena Oil Refining Company que entró en funcionamiento en 1909 (Isaza, 1991; Ripoll, 1999).

Todos estos y muchos más casos que expresan la existencia de la regla de oro de la diversificación ilustran, de paso, que la minería, el comercio y la actividad agropecuaria fueron las fuentes primordiales del capital que fluyó hacia otros sectores de la economía nacional. Al respecto, resulta relevante el fenómeno de la fundación de los primeros bancos privados en el último cuarto del siglo XIX. Destacados comerciantes de Cartagena, encabezados por Pedro Macía, Bartolomé Martínez Bossio, Agustín y Dionisio Vélez, aportaron capital para la fundación del Banco de Bolívar en 1874. De igual manera, Juan Martínez participó en la creación del Banco de Cartagena en 1881, mientras José Mogollón, Ernesto Lemaitre, Nicolas Emiliani y la familia Vélez contribuyeron en el establecimiento del Banco Popular de Bolívar en 1883. También, Henrique de la Espriella, Manuel, Enrique y Fernando Gómez se convirtieron en accionistas del Banco Unión (1883), el más rico de Cartagena (Restrepo y Rodríguez, 2013). Sin dejar de citar la prolífica vida económica de la familia Vélez Daníes, representada por Fernando y Carlos, como se acota a continuación:

Tenían entre Bolívar y Cuba 60.000 cabezas de ganado a fines del siglo XIX. Exportaron ganado en pie también a México, la zona del canal, Perú, Santo Domingo y Venezuela. Luego fundaron el Ingenio de Sincerín... y fueron socios principales de la Packing House de Coveñas... Además, fundaron la fábrica de baldosas y mosaicos con máquinas a vapor... también, fueron los constructores de las tres plazas de toros ... en 1896, 1906 y 1930 (Restrepo y Rodríguez, 2013, p. 212).

Religioso y trabajador

Al igual que la mayoría de la población colombiana, el hombre de negocios mantuvo la religión católica. Imposible que hubiera sido de otra forma por la evangelización colonial. La diferencia frente a la mayoría, radicó en el hecho de que su visibilidad e influencia en la sociedad coadyuvaría a ejercer la función

de refrendador práctico y ejemplarizante de su vademécum dogmático. El interés por los negocios de diversa índole nunca se sustrajo de la preocupación por fortalecer la religiosidad entre el pueblo. Concibieron el empeño de abrazar no solamente una empresa económica sino una empresa eclesiástica con implicaciones sociales, una misión satisfactoria por derecho propio. Serían, si se avala la expresión, empresarios divinos tras la conquista del reino de la fe, enemigos del racionalismo ateo, el sincretismo laxo de algunos creyentes, la pervivencia de costumbres reprochables ligadas a la proliferación de vicios (alcohol y juegos) y la continuidad del concubinato.

Respecto a la proliferación de esas dos costumbres reprochables la narrativa de los viajeros extranjeros es contundente: “En aquellos años los colombianos son particularmente aficionados a la riña de gallos y llevan esta pasión a tal extremo que me han contado apuestas que llegan a la suma de 30.000 dólares por pelea corriente” (Hamilton, 1955, p. 32), narró a mediados de la década de 1820 el ministro plenipotenciario de la monarquía británica John Potter Hamilton. El juego de los gallos en Bogotá, comentó el explorador sueco Carl Gosselman (1827), ocurría sagradamente los domingos por la tarde, los espectadores y los apostadores exhibían desahogada pasión por el espectáculo, apostándose cuantiosas sumas de dinero y regodeándose en este espectáculo, según se lee a continuación:

La pasión por este espectáculo es tal que puede verse a un esclavo negro llevar una gran bolsa repleta de onzas, con la que los dueños de los gallos hacen sus apuestas, así como también a señores del mejor linaje sacar su gallo favorito, oculto bajo unas mantas. Ese era el caso de Arrubla, un rico comerciante extraordinariamente apasionado y que poseía una gallería con más de doscientos gallos criados para peleadores, todos dedicados a ser masacrados en este extraño, ridículo e inhumano espectáculo (Gosselman, 1827, p. 276-277).

Así mismo, narró que en la ciudad de Cartagena:

Por la tarde, en las afueras de la ciudad, en uno de las mejores y más grandes casas de campo, al pie de la Popa, se hizo una fiesta... resulta de entretenido ver a los ricos en el interior de una pieza apartada dedicados al “juego del comercio”, en el que por lo general apostaban grandes cantidades de doblones a una sola carta, los apostadores arriesgan hasta doscientas piastras por naipes, pero nunca pierden la cordura ni se calientan los ánimos más de lo normal, que es gritarse, decir palabrotas o hacer demasiada bulla, aunque todo con calma y sin enojarse... espectáculo parecido, aunque en menor escala, mostraban las apuestas que en el exterior de la casa hacían negros e indígenas... la moneda de uso común eran los puros (taba-

cos), cuyo valor era tan respetado en el comercio como en las mesas de juego, o sea, a un cuarto de real por unidad (Gosselman, 1827, p. 91).

Al lado del juego, el ministro plenipotenciario británico ofreció el testimonio de las costumbres pendencieras y el excesivo consumo de licor por parte de los exóticos marineros de agua dulce que trabajaban en los champanes y las piraguas que transitaban el río Magdalena, escena que será reiterativamente capturada por la pluma y el papel de otros tantos viajeros esporádicos y frecuentes: “nuestro bogas estaban borrachos y pendencieros; mientras estábamos aquí, hubo una pelea entre ellos a machete o sea cuchillos largos, en la cual hubo un muerto y cinco heridos; no hubo demanda ni investigación ni diligencia activada por poder civil” (Hamilton, 1955, p. 32), para cerrar indicando que “los bogas... son un conjunto de individuos tan borrachos y disipados como los puede haber en el mundo” (Hamilton, 1955, p. 32), apremiados por “bestiales costumbres, pues cuanto allegan con faena tan ruda lo despilfarran luego en báquicos excesos” (Röthlisberger, 1963, p. 24).

En parte, esta realidad social hizo que la familia nuclear del hombre de negocios funcionara ligada con una formalidad religiosa estricta y observante con la que podrían desempeñar labor aséptica de depuración social y cultural. Una sociedad proclive al destierro de los vicios que partiría de la misma vida ejemplar de los poderosos, ricos e influyentes y la práctica metódica, pública y privada, de los ritos y las ceremonias místicas. Teodomiro Llano (1890), biógrafo de Gabriel Echeverry Escobar, relató que, en la casa de este empresario, sin falta: “tres veces al día se rezaba el Ángelus y poco después de la oración, reunidas familia y servidumbre, se rezaba el Rosario, el Trisagio o la corona de la virgen, algunas veces todo junto” (p. 14). El señor Diego Martínez Camargo a su vez, era “lector asiduo de la biblia... devoto de la virgen de la Candelaria, patrona de Cartagena, en cuyo honor escribió un himno” (Ripoll, 1999, p. 29). La señora Enriqueta Vásquez de Ospina, esposa de Mariano Ospina Rodríguez, demostró su celo religioso, celebrando el 25 de diciembre de 1899 una reunión en su hacienda el Diamante con 15 personas de la clase alta antioqueña, entre quienes estuvieron Vicente Arbeláez, Ulpiana Barrientos, Teodora Pérez y María Josefa Ospina, con el objetivo de formalizar la diaria celebración del Rosario y “cumplir con esta piadosa devoción mientras Dios nos conceda la vida” (Vásquez, 1899, p. 1). Al mismo tiempo, el espíritu religioso de la señora Vásquez fue hasta el punto de escribir un documento personal en octubre de 1858 en el que presenta el estilo de vida que se proponía seguir a partir de esa fecha. “Método de vida” se tituló, apegado a un libreto de vida doméstica y expresiones regulares de misticismo religioso, como se aprecia a continuación:

Levantarme a las 6 de la mañana y ofrecer a Dios las obras, las palabras y pensamientos de aquel día... de las 6 a las 7 ocuparme en el arreglo y buen

orden de la casa, de las 7 a las 8 ir a la iglesia donde haré media hora de oración... de las 8 a las 9 prepararme y estudiar una cosa útil, de las 9 a las 2 de la tarde ocuparme en coser... y mis deberes domésticos, de las 2 a las 2 ½, leer un libro devoto y hacer una visita al Santísimo Sacramento (Vásquez, 1858, pp. 1-2).

Situación, por lo que cuenta el cronista José Joaquín García, era también muy usual en buena parte de los hogares de la ciudad de Bucaramanga a finales de 1890, al revelar que “se almorzaba a las nueve de la mañana, se comía a las dos de la tarde, y a las seis tenía lugar la abundante merienda, después de la cual se rezaba el Rosario en familia, sin que faltara la bendición que los padres le daban a los hijos” (García, 1896, p. 215).

Esta profunda religiosidad que impregnaba la naturaleza social y familiar del hombre de negocios recibía, ocasionalmente, congratulaciones especiales cuando una persona del núcleo familiar (sobre todo hijas) decidía adoptar la vida clerical. Se festejaba con regocijo interno y un rito público de emancipación mundana, materializado en solmene ceremonia de cesión de un miembro de su progenie a la vida eclesiástica, todo un honor para ellos, según lo relata con detalle el viajero extranjero J.P. Hamilton (1955):

A las tres y media la señorita, vestida elegantemente de blanco, adornada con profusión de perlas y esmeraldas et., iba acompañada del coronel Narváez, sus padres, parientes y amigos... mientras una banda de música tocaba en las calles y se disparaban cohetes frente al convento a nuestra llegada. Todos permanecemos sentados en una de las capillas, cerca de la puerta que conducía a su futura morada... tan pronto terminó la oración la joven regresó con los sacerdotes y golpeó a la pequeña puerta del convento por nueve veces, la cual fue abierta por la abadesa y ella ingresó a su tumba viviente (p. 126).

Para un hombre de negocios como el presidente Mariano Ospina Rodríguez, “la práctica sincera del cristianismo, no solamente conduce a la bienaventuranza eterna, sino que es el único camino que lleva a la felicidad temporal” (Ospina, 1849, p. 63), por lo que la “felicidad depende en primer lugar, de la practica sincera y constante de estas virtudes modestas... que Cristo enseñó con su palabra y con su ejemplo: la humildad, la paciencia, la resignación, la abnegación” (Ospina, 1849, p. 64). Fórmula infalible de la sociedad civilizada en su devenir hacia la perfección y el equilibrio, tal como fue expuesta en el periódico *La Civilización* el 9 de agosto de 1849. Con ello, se refrenda la posición a favor de una sociedad en equilibrio, regulada por la supeditación de la fortuna y las eclosiones hedonistas a la estricta observación de cánones morales e imperativos conductuales cristianos.

Esta estricta y observante formalidad religiosa estuvo acompañada de la convicción de participar en el progreso y moderación de la sociedad convirtiéndose en sujeto gestor del carácter moral del pueblo. Compromiso social de clase propietaria adelantado con la pretensión de forjar una comunidad virtuosa o cívica amigable con los objetivos macrosociales y políticos de un Estado liberal. Para el hombre de negocios el principio básico y fundamental de la sociedad virtuosa era la exaltación ética del trabajo, por lo que más allá del estricto tono económico, el trabajo asumía una indudable relevancia moral. El trabajo sería la receta para diezmar la vagancia, la delincuencia y la anarquía. Así lo creía Gabriel Echeverry, al señalar en uno de sus biógrafos que:

Detestaba la vagancia, y no podía sufrir la de parásitos haraganes... enamorábase, al contrario, de todo hombre de brío... con la aquiescencia y auxilio del gobierno solía recoger la chusma... que ha infestado siempre a Medellín y... los despachaba a sus haciendas, con órdenes severas a los mayordomos de hacerlos trabajar (Llano, 1890, p. 87).

El protagonismo del trabajo en la identidad del hombre de negocios provenía del valor fundacional que él tenía en la fortuna personal y familiar. Consideraban que el trabajo les había permitido posicionarse, demostrando al tiempo, la existencia de oportunidades que solamente a través del esfuerzo incansable podían conquistarse.

Uno de los casos que ilustra este axioma fue la experiencia del señor Marcelino Restrepo a mediados del siglo XIX, cofundador de la ciudad de Manizales, que:

Cuando sentó la plaza de comerciante ... estaba paupérrimo y desde entonces ya se señalaba por la laboriosidad, la honradez, la previsión y el cálculo, la puntualidad en el cumplimiento de las promesas, la exactitud en las horas de trabajo, la prescindencia de gastos superfluos (Gómez, 1913, p. 359).

Y quien siempre hizo gala de un espíritu filantrópico, dado que:

Cada año, el 24 de diciembre, nada era más grato para aquel señor que la celebración de la noche buena, eso sí, después de haber mandado la limosna u obsequio de aguinaldo a familias pobres de su conocimiento y a los hospitales y casas de detención o de castigo, le agradaba que los pobres participaran de las utilidades de su balance anual (Gómez, 1913, p. 360).

Punto de vista en favor del trabajo que expone con precisión Mariano Ospina Rodríguez en el discurso leído en el acto de apertura de la clase de economía política en ciudad de Guatemala durante su exilio de la década de 1860:

El trabajo pues, base de la sociedad y fuente de la riqueza y de la civilización, es la condición forzosa del hombre civilizado. Jamás pueblo alguno ha podido desconocer esta ley suprema, sin descender a la barbarie y de la barbarie al estado salvaje, al estado del bruto. Es por el trabajo como las naciones se enriquecen, se ilustran, se hacen poderosas y grandes (Ospina, 1863, p, 250).

Para dicho personaje, la totalidad de la sociedad colombiana debía permanecer en vigilia constante frente a cualquier fuerza que distrajera la energía social de la aplicación al trabajo, ello significaría la ascensión de la figura negativa del derrochador, definido en términos de “un semiloco o un mentecato, un mal ciudadano... porque destruyendo un capital, disminuye la riqueza del Estado, reduce a menos la industria y quita a los pobres el trabajo” (Ospina, 1875, p. 210).

Nada mejor que la sociedad siguiera ofreciendo más y más ejemplos de triunfo del trabajo en un mundo de libertad y oportunidades. Testimonios de éxito como el del destacado comerciante santandereano Juan Crisóstomo Parra, quien empezó su carrera en los negocios en calidad de dependiente del comerciante Claudio López:

De este propietario se instruyó en lo concerniente al manejo de la pulpería. En ella aprendió las épocas precisas de comprar ventajosamente los granos... así como aquellos productos que consume el pueblo, como alpargatas, fique, lienzos, mantas y tejidos de lana” (Cote, 1869, p. 358).

La fascinación y culto por el trabajo duro fueron tales que “como deseaba que sus hijos se educaran para el trabajo; no pensó en estudios científicos para ellos, ni en habilidades de adorno que solo podían convenir a personas desocupadas” (Cote, 1869, p. 370). Un ejemplo de esta mentalidad es el testimonio del empresario antioqueño Ricardo Olano Estrada, cuya historia está asociada con su intento, a temprana edad, de establecer negocio de compra y venta de bienes agrícolas. Según relata, “los días de mercado vendía en la plaza bajo un toldo sal de mar, cacao y tabaco” (Botero, 2002, p. 484), aunque este negocio no prosperó debido a que su “vecino Francisco Ramírez tenía cogida toda la clientela” (Botero, 2002, p. 484).

Estas experiencias de exaltación del valor del trabajo como mecanismo formativo y creador de riqueza fueron reforzadas con el aporte de algunos destacados individuos de renombre nacional que tuvieron la oportunidad de viajar y visitar sociedades desarrolladas que tomaban como modelo de progreso. Ese fue el caso de Salvador Camacho Roldan, autor de una crónica de viaje por Estados Unidos a finales del siglo XIX, en la que escribió

acerca de las causas principales del desarrollo estadounidense: consagración al trabajo, la temperancia y el combate contra los vicios. Aquí parte de su planteamiento:

La presencia de un ebrio es un hecho de rarísima ocurrencia en las calles; la beodez publica era reputada delito... una de las ideas peculiares de este pueblo trabajador, es mantener siempre ocupado al hombre en las pacíficas tareas de la lucha por la existencia, sin permitir ninguno de los goces sensuales que, afectando el cerebro, puedan distraerle un solo instante de esa misión única de la vida humana, de cuyo cumplimiento se derivan los goces más puros (Camacho, 1897, p. 760).

Sin dejar de considerar que, en el ambiente político y social de la época circuló la idea de que el calendario nacional contenía demasiados días festivos que distraían a los trabajadores (campesinos, sobre todo) de la actividad productiva, ofreciéndoles de paso, la oportunidad de caer en la ociosidad o dedicar el tiempo libre y parte representativa de los ingresos a la compra y consumo de bebidas alcohólicas. Uno de los personajes históricos que pensaba de esta manera fue el presidente José Ignacio de Márquez. En un informe oficial presentado en 1831 estableció que “es indecible lo que deja de producirse por cada individuo de la sociedad en aquellos días, los cuales se multiplicaron demasiado como si Dios y sus santos se complaciesen con la ociosidad” (Márquez, 1831, p. 6). Había que estar alerta frente al avance de la ociosidad o de lo contrario regiría el imperio de la “inmoralidad y la holgazanería” (Márquez, 1831, p. 6), por lo que era preciso “una policía... para perseguir a los vagos y obligar a los hombres a que amen el trabajo por el temor de ir a un presidio” (Márquez, 1831, p. 6).

El protagonismo del trabajo hizo que a este se le rindiera un culto laico informal que habilitaba a sus cultores exitosos a pertenecer a la clase alta del país, vinculándose a ella mediante el dinero y/o lazos matrimoniales que dieron origen a auténticas dinastías empresariales. Fenómeno social que permite afirmar que durante los años que analizamos encontramos numerosos ejemplos de movilidad social en los que las puertas de la clase alta permanecieron abiertas sin atisbos de prejuicios sociales o una actitud absoluta de enclaustramiento y exclusión social. Conocemos historias de vida reveladoras. Hombres de negocios exitosos empezaron su carrera ascendente desde la base, ingresaron a una empresa en calidad de aprendiz a prueba, desempeñando con aplicación espartana el cargo. La avidez por aprender, el brío, la disposición, la disciplina y la honradez, conformaron el abanico de virtudes y cualidades que les valió la promoción. Muy seguramente, el empresario que hacia la acogida y la promoción del aprendiz ejemplar continuaba o refrendaba una historia familiar de superación y triunfo.

El trabajo fue considerado un factor de producción esencial y motor del desarrollo, antídoto contra la enfermedad de la nación contrahecha (Samper, 1880), capaz de diluir la inercia del analfabetismo y la pobreza según la experiencia ejemplar de connotados hombres de negocios como: Vicente Villa, Marco Antonio Santamaría, Joaquín Sañudo, José María Barrientos, Luis Restrepo Escobar, Luciano Restrepo, Evaristo Zea, Francisco Antonio Álvarez y Gabriel Echeverry, cuya biografía testimonia una juventud azarosa forjada con coraje y una gran visión de las oportunidades, por cuanto la madre viuda no pudo proporcionar ninguna educación a sus hijos y “hubo de contentarse con habituarlos al rudo trabajo de la tierra, pues a duras penas aprendió a leer mal... y a escribir peor” (Gómez, 1899, p. 47) o el caso del emblemático José María Sierra (Pepe Sierra), personaje que muy “pocos números hacía, no detallaba las cuentas, pero instantáneamente sacaba totales, anotaba errores y cuando sus empleados le daban algún dato equivocado, era el primero en corregirlos” (Berdugo, 1998, p. 59), poseía un léxico escaso, “la mayoría de los términos técnicos los ignoraba y cuando definitivamente los incorporaba a su acervo, los desfiguraba” (Berdugo, 1998, p. 59) y de quien tantas anécdotas se contaron, una como esta: en alguna ocasión escribió él “en la hacienda tal, etc., etc.; el contador le corrigió: “Don Pepe, hacienda se escribe con h y con c”, a lo cual él, un tanto airado, le repuso: “yo tengo cuarenta y dos sin h, ¿usted cuantas tiene con h?” (Mejía, 2011, p. 130).

Participativo

La auto representación de buena parte de los hombres de negocios en función de la misión constructiva micro y macro estructural de la sociedad, se planeó y efectuó unas veces desde el núcleo social y empresarial de la familia y otras desde el aparato estatal (aunque también funciono una fusión de las dos vías). Cuando se hacía desde la esfera personal y familiar era gestión filantrópica, cuando partía del Estado era función pública. En efecto, la misión constructiva estructural desde el escenario del Estado y las instituciones liberales, atrajo su atención, traducándose en la participación, directa e indirecta en la política local, regional y nacional, bajo diferentes modalidades según los explica Carlos Dávila:

Voto en las elecciones; financiación de campañas políticas; dirección de partidos y grupos políticos; desempeño de cargos públicos por nombramiento... desempeño de cargos de representación por elección popular... contrato con el estado...comprador de servicios y productos de empresas estatales, concesionario estatal...cabildeo; promoción y participación en movimientos sociales, cívicos (Dávila, 2015, p. 269).

Sin que esta tipología agote la existencia de otras, una de las cuales fue la intervención en conflictos armados, confrontaciones grupales y partidistas localizadas o guerras civiles de corte interregional. Por tal razón, es común encontrar que en un solo individuo puedan converger hasta tres personajes sociales: el hombre de negocios, el militar y el político, ejemplo de lo cual fueron Ramón Santodomingo Vila, Aquileo Parra y Pedro Nel Ospina. El primero de ellos detentó el grado de general del Estado de Bolívar y general de los Estados Unidos de Colombia, “su primera participación militar fue en la conspiración contra el gobernador Calvo... en el hecho... participó de diferentes formas: destinó fondos... dirigió batallones en las tomas de Corozal y Barranquilla... y se proclamó prefecto de Chinú” (Gómez, 2019, p. 16), después fue nombrado comandante general de la Guardia colombiana e inspector del Ejército en 1872 por el presidente Murillo Toro, secretario de Guerra y Marina por el presidente Santiago Pérez, gobernador de la provincia de Cartagena y gobernador del Estado de Bolívar (Gómez, 2019). El segundo, Aquileo Parra, ocuparía buena parte de los más altos cargos públicos de la administración regional y nacional, desempeñándose como presidente de la Asamblea Constituyente de Santander, secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Colombia, secretario de Hacienda de los Estados Unidos de Colombia, presidente del Estado Soberano de Santander, primer designado a la presidencia en 1875, presidente de los Estados Unidos de Colombia entre 1876 y 1878, sin dejar atrás su participación en el ejército del Norte contra la dictadura de José María Melo. El tercero, Pedro Nel Ospina, por su parte, alcanzó la presidencia de la república entre 1922 y 1926, fue ministro de guerra, congresista, general del ejército nacional y secretario del Estado Mayor del general Marceliano Vélez.

Frecuentemente, en otras ocasiones, la situación dio para que dos personajes sociales se sintetizaran en una sola persona: el hombre de negocios y el político, entre los casos representativos encontramos a Salvador Camacho, Miguel Samper, Mariano Ospina Pérez y Carlos E. Restrepo. Entre las figuras menos conocidas de este binomio social traemos a colación los casos de Esteban Márquez, comerciante y banquero costeño, apodado campanita, “porque cuando inició su carrera manejaba una campanita para la atención del público... fue concejal, alcalde y jefe político del cantón de Barranquilla en varias ocasiones” (Caballero, 2015, p. 142); Alejo Santamaría Bermúdez, comerciante, minero y terrateniente nacido en Medellín en 1804, y gobernador encargado de Antioquia por unos pocos meses en 1847; Luis Fulgencio Latorre Escobar, minero y comerciante, gobernador encargado de Antioquia a mediados de 1835 y senador suplente en 1835; Julián Vásquez Calle, comerciante e industrial, ocupó la curul de diputado de la cámara provincial de Antioquia en 1836, 1855, 1858 y 1861, y senador por Antioquia en forma interina en febrero de 1844 (Mejía, 2012); Diego Martínez Camargo, socio de Pedro Nel Ospina en la compañía ganadera

Berastegui, inversionista polifacético y miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1910 (Ripoll, 1999); José María Uribe, miembro de la elite empresarial antioqueña, varias veces “senador suplente y principal por Antioquia, concejal de Medellín, y en 1841, Gobernador de Antioquia” (Molina, 2002. P. 638) y Juan De Francisco Martín, potentado costeño, representante a la Cámara por Cartagena durante la primera administración de Tomas Cipriano de Mosquera (Bell y Ripoll, 2002).

CONCLUSIONES

El hombre de negocios se reconocía por su personalidad social compuesta o multidimensional, más allá del estricto y limitado campo de los negocios de distinta índole que realizaba. Él era el hombre dinero, el hombre político, el hombre cívico y el hombre religioso. Todo en uno y con diferentes mezclas y dosis.

El hombre de negocios se sintió, básicamente, obligado a trabajar duro, a desprenderse de una parte de sus ingresos y a desempeñar una constante e incansable gestión formativa y de liderazgo, un consejero improvisado de sus trabajadores y las gentes del entorno geográfico y familiar.

Tres palabras: esfuerzo, misericordia y servicio, resumen los valores de su mundo. Del esfuerzo se esperaba que el trabajo duro trajera consigo estabilidad y, en el mejor de los casos, prosperidad, por tanto, debía ser disciplinado, curioso, creativo, obediente, leal y honrado. De la misericordia se esperaba ante todo ponerse en los zapatos del pobre y el desvalido. Del servicio se esperaba que asumiera funciones sociales y políticas que contribuyeran a la formación ética de la nación.

Esta gama de virtudes fundamentó el acuñamiento aleatorio de una visión optimista. Creyeron factible levantar el reino del progreso explotando las oportunidades económicas ofrecidas por un régimen que respetara y promoviera la libertad económica, la libre iniciativa y la competencia. Capturaron la noción del culto al trabajo arduo y creador de valor y riqueza para exaltar la importancia de la actividad privada en el desarrollo total de la sociedad, asistido por un Estado que pudiera ofrecer condiciones objetivas de orden y estabilidad. Entendieron, entonces, que solamente la actividad privada sería el mecanismo expedito de desarrollo. Beatificaron el individualismo económico y relegaron la participación del Estado.

Cuando el hombre de negocios beatifica la iniciativa personal, entiende que su aporte al tejido social que se está estableciendo en un Estado republicano joven, pobre e inestable, va más allá de convertirse en la figura proveedora de la

comunidad. Reconoce que su rol también implica ser una figura formadora y protectora. Se presenta como un personaje que auto-legitima su presencia en la sociedad mediante la función optimista y macro estructural que asume emprender. Es un personaje que conjura el temor al hambre, al abandono y el aislamiento, y simboliza y personifica un poder inmediato y superior. Él es un semejante entre los desemejantes.

Finalmente, cabe señalar que el personaje central de este artículo es el individuo en tránsito hacia el capitalismo (Ocampo, 1984), quien habita una economía agropecuaria y minera exportadora inserta en el mercado mundial. Esta economía se caracteriza por la presencia de un régimen agrario basado en la concentración de la tierra, tributario de los cánones de una sociedad jerarquizada, católica y sincrética, saturada de préstamos paganos y atiborrada de supersticiones. Además, se enfrenta a un alto grado de analfabetismo, escasa mano de obra calificada, una inmigración extranjera europea famélica y mercados desarticulados y endebles. Todo esto, en un contexto de conflicto y zozobra, llevo a adoptar una estrategia económica de la diversificación para minimizar riesgos.

REFERENCIAS

- Álvarez, V. (1999). *Gonzalo Restrepo Jaramillo, familia, empresa y política en Antioquia 1895-1966*. FAES.
- Arasse, VD (1995) El artista. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 235-264). Alianza Editorial.
- Archila, M. (1989a). Ni amos ni siervos. *Controversia*, 156-157. 29-215.
- Archila, M. (1989b). La clase obrera colombiana 1930-1945. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. III* (pp. 245-270). Planeta.
- Archila, M. (2005). *Idas y venidas, vueltas y revueltas*. CINEP.
- Arango, M. (1979). *Café e industria 1850-1930*. Carlos Valencia editores.
- Bejarano, J. A. (2010). El despegue cafetero 1900-1928. En A. Meisel y J.A. Ocampo (Ed.), *Historia económica de Colombia* (pp. 165-183). Fondo de Cultura Económica.
- Bell, G., & Ripoll, M. (2002). Los herederos del poder: Juan D Francisco Martín 1799-1869. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 317-351). Universidad de los Andes y Norma.

- Berdugo, E. (1998). Empresarios y negociantes en Bogotá 1900-1920: Pepe Sierra y Leo Kopp. *Revista Escuela de Administración de Negocios*, (36), 57-73.
- Bergeron, L. (1995). El hombre de negocios. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 129-150). Alianza Editorial.
- Bergquist, Ch. (1999). *Café y conflicto en Colombia 1886-1910*. El Ancora y Banco de la República.
- Bertaud, J. (1995). El soldado. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 93-128). Alianza Editorial.
- Bobbio, N. (2014). *Liberalismo y democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bushnell, D. (2007). *Colombia, una nació a pesar de sí misma*. Planeta.
- Botero, F. (2002). Ricardo Olano Estrada 1874-1947; un empresario antioqueño de la primera mitad del siglo XX. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 317-35183). Universidad de los Andes y Norma.
- Burke, P. (1996). *Los avatares del cortesano*. Gedisa.
- Burke, P. (2012). *Historia social del conocimiento, V.2. de la Enciclopedia a la Wikipedia*. Paidós.
- Burke, P. (2013). *Historia social del conocimiento, V. 1. de Gutemberg a Diderot*. Paidós.
- Burke, P. (2022). *El Polímata*. Alianza Editorial.
- Bustamante, D. (1980). *Efectos económicos del papel moneda durante la Regeneración*. La Carreta.
- Caballero, T. (2015). Comerciantes y casas comerciales relacionados con las actividades financieras en una ciudad caribeña colombiana durante la segunda mitad del siglo XIX. *Anuario de Historia Regional de las Fronteras*, 20(1), 141-160.
- Caballero, J. A. (2016). *La economía colombiana del siglo XX*. Debate.
- Campuzano, J. (2011). *Comercio, agroindustria, banca y desarrollo industrial: aspectos de la historia empresarial antioqueña vistos a partir de la trayectoria empresarial de Juan Gonzalo Restrepo Londoño*. EAFIT.
- Chartier, R. (1995). El hombre de letras. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 151-196). Alianza Editorial.

- Dávila, C. (Ed.) (1996). *Empresa e historia en América Latina, un balance historiográfico*. Tercer Mundo Editores y Colciencias.
- Dávila, C. (Ed.) (2002). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX*. Universidad de los Andes y Norma.
- Dávila, C. (2015). Familias empresarias y política. Dinastías presidenciales en Colombia 1850-2010. En P. Fernández y A. Lluch (Eds.), *Familias empresarias y grandes empresas familiares en América Latina y España*. (pp. 263-292). Fundación BBVA.
- Deas, M. (2002). Retrato de “un hombre hecho a sí mismo”: la vida del santandereano Juan Crisóstomo Parra (1801/2-1865) escrito por Daniel Cote. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 353-374). Universidad de los Andes y Norma.
- Deas, M. (2019). *Del poder y la gramática*. Taurus.
- Duby, G. (1995). *El siglo de los caballeros*. Alianza Editorial.
- Duby, G. (2007). *Europa en la Edad Media*. Paidós.
- Duby, G. (2019). *Guillermo el Mariscal*. Alianza Editorial.
- Duby, G. (2013). *El caballero, la mujer y el cura, el matrimonio en la Francia feudal*. Taurus.
- Duque, M. (2005). Comerciantes y empresarios de Bucaramanga 1857-1885: una aproximación desde el neoinstitucionalismo. *Revista Historia Crítica*, (29), 149-184.
- Echavarría, J. J. (1999). *Crisis e industrialización, las lecciones de los treinta*. Tercer Mundo, Fedesarrollo. Banco de la República.
- Elias, N. (2016a). *La sociedad cortesana*. Fondo de Cultura Económica.
- Elias, N. (2016b). *El proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrone, V. (1995). El hombre científico. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 199-233). Alianza Editorial.
- García, R. (2002). Carlos E. Restrepo, el empresario 1867-1937. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 443-478). Universidad de los Andes y Norma.
- Gilhodes, P. (1989). La cuestión agraria en Colombia 1900-1946. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. III* (pp. 307-338). Planeta.

- González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*, CINEP.
- Gómez, E. (1899). Don Gabriel Echeverry. *Revista El Montañés*, 2(4), 46-50.
- Gómez, E. (1913). *Don Mariano Ospina y su época T. 1805-1849*. Imprenta Medellín.
- Gómez, J. (2019). Ramón Santodomingo Vila: el militar, el político y el negociante 1859-1875. *Memorias XIX Congreso colombiano de Historia*, 13-22.
- Guerrero, A., & Avellaneda, M. (2002). La elite empresarial de Santander 1880-1912. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 141-178). Universidad de los Andes y Norma.
- Isaza, F., & Salcedo, L. (1991). *Sucedió en la costa Atlántica*. El Ancora.
- Jaramillo, C. E. (1989a). Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. I* (pp. 43-64). Planeta.
- Jaramillo, C. E. (1989b). La guerra de los Mil Días 1899-1902. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. I* (pp. 89-112). Planeta.
- Julia, D. (1995). El sacerdote. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 359-394). Alianza Editorial.
- Junguito, R. (2016). *Historia económica de Colombia en el siglo XX*. Universidad Sergio Arboleda.
- Kalmanovitz, S. (1978). *El desarrollo de la agricultura en Colombia*. Editorial La Carreta.
- Kalmanovitz, S. (1984). El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia. En J. Jaramillo (Ed.), *Manual de Historia de Colombia* (pp. 211-319). Procultura.
- Kalmanovitz, S. (1997). *Economía y nación, una breve historia de Colombia*. Tercer Mundo editores.
- Kalmanovitz, S. (2008). *Consecuencias económicas del proceso de independencia en Colombia*. Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Kalmanovitz, S. (2010a). El ingreso colombiano en el siglo XIX. En A. Meisel y M. T. Ramírez (Eds.), *Economía colombiana del siglo XIX* (pp. 331-369). Fondo de Cultura Económica.
- Kalmanovitz, S. (2010b). *Nueva historia económica de Colombia*. Taurus y Universidad Jorge Tadeo Lozano.

- Le Goff, J. (2020). *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Alianza Editorial.
- Le Goff, J. (2021). *La bolsa y la vida, economía y religión en la Edad Media*. Gedisa.
- Le Goff, J. (2008). *Los intelectuales en la Edad Media*. Gedisa.
- LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Universidad Nacional de Colombia.
- LeGrand, C. (1989). El conflicto de las bananeras. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. III* (pp. 183-218). Planeta.
- Londoño, R. (1989). Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano 1946-1980. En A. Tirado (Ed.), *Nueva Historia de Colombia T. III* (pp. 271-306). Planeta.
- Londoño, J. E. (2002). Lisandro Caicedo: un empresario territorial caucano. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 409-441). Universidad de los Andes y Norma.
- McGreevey, W. P. (2019). *Historia económica de Colombia 1845-1930*. Universidad de Los Andes.
- Machado, A. (1994). *El café, de la aparcería al capitalismo*. Tercer Mundo.
- Meisel, A. (1990). Los bancos de Cartagena 1874-1925. *Lecturas de economía*, (32-33). 69-96.
- Meisel, A., & Vilorio, J. (2002). Barranquilla hanseática: el caso de un empresario alemán. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 513-548). Universidad de los Andes y Norma.
- Meisel, A., & Posada, E. (2014). Historia económica de Barranquilla, bancos y banqueros de Barranquilla 1873-1925. *Revistas Económicas CUC*, 18(1), 25-25.
- Meisel, A. (2017). Antecedentes del Banco de la República 1904-1922. En J. Uribe (Ed.), *Historia del Banco de la República 1923-2015* (pp. 2-23). Banco de la República.
- Meisel, A., & Jaramillo, J. (2017). Las políticas del Banco de la República durante un auge entre dos crisis 1930-1951. En J. Uribe (Ed.), *Historia del Banco de la República 1923-2015* (pp. 86-119). Banco de la República.
- Mejía, C. (2011). *El riesgo y la historia empresarial antioqueña*. EAFIT.
- Mejía, J. (2012). *Diccionario biográfico y genealógico de la elite antioqueña y viejo caldense, segunda mitad del siglo XIX y primera del XX*. Red Alma Mater.

- Melo, J. O. (1984). La evolución económica de Colombia 1830-1900. En J. Jaramillo (Ed.), *Manual de Historia de Colombia T. 2* (pp. 135-205). Procultura.
- Melo, J. O. (2015). Las vicisitudes del modelo liberal en Colombia (1850-1899). En J. A. Ocampo (Ed.), *Historia económica de Colombia* (pp. 111-153). Fondo de Cultura Económica.
- Melo, J. O. (2020). *Colombia: una historia mínima*. Crítica.
- Molina, F. (2002). La empresa minera del Zancudo 1848-1920. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 635-676). Universidad de los Andes y Norma.
- Molina, F. (1998). *Empresarios colombianos del siglo XIX*. El Ancora.
- Molina, G. (1979). *Las ideas liberales en Colombia 1849-1914*, Tercer Mundo.
- Montenegro, S. (2002). *El arduo tránsito hacia la modernidad: historia de la industria textil colombiana durante la primera mitad del siglo XX*. Universidad de los Andes y Norma.
- Nieto, L. E. (1983). *Economía y Cultura en la historia de Colombia*. El Ancora.
- Ocampo, J. A. (1984). *Colombia y la economía mundial 1830-1910*. Tercer Mundo Editores y Fedesarrollo.
- Ocampo, J. A. (2015). *Café, industria y macroeconomía: ensayos de historia económica colombiana*. Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, J. A., & Bértola, L. (2016). *El desarrollo económico de América Latina desde la independencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, J. A. (2010). El sector externo de la economía colombiana en el siglo XIX. En A. Meisel y M. T. Ramírez (Eds.), *Economía colombiana del siglo XIX* (pp. 523-570). Fondo de Cultura Económica.
- Ordoñez, L. (2002). Empresarios industriales pioneros: Cali, primeras décadas del siglo XX. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 179-212). Universidad de los Andes y Norma.
- Ospina, L. (2019). *Industria y Protección en Colombia 1810-1930*. Universidad de los Andes.
- Palacios, M. (2002). *El café en Colombia 1.850-1970*. Universidad de Los Andes, Planeta.

- Palacios, M. (2012). *Historia de Colombia, país fragmentado, sociedad dividida*. Universidad de Los Andes.
- Palacios, M. (2015). Población y sociedad. En E. Posada (Ed.), *América latina en la historia contemporánea, Colombia la apertura al mundo* (201-261). Taurus.
- Pecaut, D. (1973). *Política y sindicalismo en Colombia*. La Carreta.
- Pecaut, D. (1987). *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Siglo XXI.
- Pecaut, D. (2010). Simbólica nacional, liberalismo y violencias. En M.T. Calderón e I. Restrepo (Eds.), *Colombia 1910-2010*. Taurus.
- Pontón, A., & Posada, C. (2004). *El crecimiento económico colombiano en el siglo XX: aspectos globales*. Banco de la República y Fondo de Cultura Económica
- Posada, E. (Ed.). (2015). *Colombia, la apertura al mundo*, Taurus.
- Ramírez, J. (1996). La construcción del poder económico: la familia Ospina 1850-1960. *Revista Innovar*, 8, 133-155.
- Ramírez, M. T., & Pachón, A. (2006). *La infraestructura de transporte en Colombia durante el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, M. T., & Salazar, I. (2010). El surgimiento de la educación en Colombia: ¿en qué fallamos? En A. Meisel y M. T. Ramírez (Eds.), *Economía colombiana del siglo XIX* (pp. 419- 469). Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, M. T. (2015). El proceso económico. En E. Posada (Ed.), *América Latina en la historia contemporánea. Colombia. La apertura al mundo 1880-1930* (T. 3, pp. 137-199). Taurus.
- Restrepo, J., & Rodríguez, M. (2013). La actividad comercial y el grupo de comerciantes de Cartagena a fines del siglo. *Revista Economía y Región*, 7(1), 169-229.
- Ripoll, M. T. (1999). La actividad empresarial de Diego Martínez Camargo 1890-1937. *Cuadernos de historia económica y empresarial*, 2, 1-72.
- Ripoll, M. T. (2002). Las redes familiares y el comercio en Cartagena: el caso de Rafael del Castillo y compañía 1861-1960. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 551-591). Universidad de los Andes y Norma.
- Safford, F. (2010). El problema de los transportes en el siglo XIX. En A. Meisel y M. T. Ramírez (Eds.), *Economía colombiana del siglo XIX* (pp. 523-570). Fondo de Cultura Económica.

- Salazar, J. (2000). *De la mula al camión, apuntes para una historia del transporte en Colombia*, Tercer Mundo.
- Sánchez, G. (1985). *Ensayos de historia social y política del siglo XX*, El Ancora.
- Sánchez, F. (1994). *Ensayos de historia monetaria y bancaria de Colombia*. Tercer Mundo, Fedesarrollo, Asobancaria.
- Serna, P. (1995). El noble. En M. Vovelle (Ed.), *El hombre de la ilustración* (pp. 41-92). Alianza Editorial.
- Solano, S., Flórez, R., & Malkún, W. (2010). Ganaderos y comerciantes: el manejo del poder político en el Estado soberano de Bolívar 1857-1886. *Revista Historia y Sociedad*, 18, 15-42.
- Tirado, A. (1985). Colombia: siglo y medio de bipartidismo. En M. Arrubla (Ed.), *Colombia Hoy*. Siglo XXI.
- Tirado, A. (1988). *Introducción a la historia económica de Colombia*. El Ancora.
- Torrejano, R. (2009). *La agitación social y laboral en Colombia 1902-1934*. Corporación Universitaria Republicana.
- Torrejano, R. (2012). *Historia de la educación en Colombia, un siglo de reformas 1762-1870*. Temis y Corporación Universitaria Republicana.
- Torrejano, R., & Bocanegra, H. (2021). Con el futuro que soñamos los neogranadinos: proposiciones de avance económico para una nueva realidad 1778-183. *Vía Inveniendi Et Iudicandi*, 16(2), 190-218.
- Urrutia, M. (1976). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Universidad de los Andes.
- Valencia, A. (2002). El empresario en el antiguo departamento de Caldas 1850-1930. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 83-108). Universidad de los Andes y Norma.
- Valencia, A. (2002). Las prácticas empresariales en el Estado Soberano del Cauca. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 109-140). Universidad de los Andes y Norma.
- Valero, E. (2002). Heroísmo empresarial y fomento estatal en la siderurgia del siglo XIX colombiano 1881-1893. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 595-631). Universidad de los Andes y Norma.

- Vega, R. (2002). *Gente muy rebelde*. Ediciones pensamiento crítico.
- Viloria, J. (2000). Empresarios de Santa Marta: el caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier 1800-1896. *Cuadernos de historia económica y empresarial*, 7, 1-83.
- Vovelle, M. (Ed.). (1992). *El hombre de la ilustración*. Alianza Editorial.
- Williamson, E. (2013). *Historia de América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Wise, D. (1990). *Antología del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez*. Banco de la República.
- Zambrano, F. (1979). Aspectos de la agricultura colombiana a comienzos del siglo XIX. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 10, 139-190.
- Zambrano, F. (1979). La navegación a vapor por el río Magdalena. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 9, 39-62.

REFERENCIAS PRIMARIAS IMPRESAS

- Ancizar, M. (1853). *Peregrinación del Alpha*. Imprenta Echavarría Hermanos.
- Camacho, S. (1897). *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)*. Camacho Roldán y Tamayo – Garnier Hermanos.
- Carreño, M. (1856). *Manual de urbanidad y buenas maneras, para uso de la juventud de ambos sexos*. D. Appleton y cía.
- Cote, D. (2002). Retrato de un hombre hecho a sí mismo: la vida del santandereano Juan Crisóstomo Parra 1801-1865. En C. Dávila L. de Guevara (Ed.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia siglos XIX y XX* (pp. 355-374). Universidad de los Andes y Norma.
- Díaz, E. (1967). *La Manuela*. Carvajal.
- Durán, J. (1904). *Narración histórica del General Justo Durán*. Imprenta Liberty.
- Galindo A. (1900). *Recuerdos históricos 1840-1895*. Imprenta de La Luz.
- Gosselman, C. (1827). *Viaje por Colombia 1825 y 1826*. P. E. Winge.
- Gutiérrez R. H. (1857). *Memorias del General José Hilario López*. Imprenta D'aubusson y Kugelmann.

- Gutiérrez, R. (1920). *Monografías T.1*. Imprenta nacional.
- Hamilton, J. (1955). *Viajes por el interior de las provincias de Colombia T 1*. Banco de la República.
- Hettner, A. (1976). *Viajes por los Andes colombianos 1882-1884*. Banco de la República.
- Ibáñez, P. (1891). *Las crónicas de Bogotá y sus inmediaciones*. Imprenta de La Luz.
- Llano, T. (1890). *Biografía de Gabriel Echeverry*. Imprenta Medardo Rivas.
- Martín, G. (1887). *Documentos relativos a la campaña del General Rafael Reyes*. Imprenta Samper Matiz.
- Márquez, J. I. (1831). *Exposición que el ministro de Estado en el despacho de hacienda presenta a la convención sobre los negocios de su departamento*. Banco de la Republica.
- Ospina, M. (1849). La civilización. En J.J. Molina (Ed.), *Artículos escogidos del doctor Mariano Ospina Rodríguez* (pp. 3-65). Imprenta republicana.
- Ospina, M. (1863). Discurso leído en el acto de apertura de la clase de Economía Política en ciudad de Guatemala. En D. Wise (Ed.), *Antología del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez* (pp. 249-259). Imprenta republicana.
- Ospina, M. (1875). Opiniones de Pero Grullo sobre moneda, bancos, minas y negocios en general. En D. Wise (Ed.), *Antología del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez* (pp. 199-244). Imprenta republicana.
- Reyes, R. (1896). *Política y sindicalismo en Colombia*. La Carreta
- Röthlidberger, E. (1963). *El Dorado, estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Banco de la República.
- Samper, M. (1880). *La Protección*. Imprenta de Gerardo Núñez.
- Vásquez, E. (1858). *Método de vida de Enriqueta Vásquez de Ospina*. Universidad EAFIT.
- Vásquez, E. (1899). *Rosario viviente de Enriqueta Vásquez de Ospina*. Universidad EAFIT.

